

---

# EL PICHINCHA

ESTUDIOS HISTORICOS, GEOLOGICOS Y TOPOGRAFICOS

POR

AUGUSTO N. MARTINEZ

(Continuación del N<sup>o</sup> 121, página 110)

7<sup>o</sup> JULES REMY Y BRENCHELY

ASCENSION AL PICHINCHA



*Relación de un viaje. Leída en la Sociedad de Agricultura, Comercio, Ciencias y Artes del Departamento del Marne, en la Sesión del 1<sup>o</sup> de Diciembre de 1857. Por Mr. Julio Remy, Miembro corresponsal. (1)*

Entre las maravillas que la naturaleza ofrece á la contemplación del hombre, hay tres clases cuya sublime grandeza las coloca en un grado superior á las demás! Estas son: los volcanes que vomitan el fuego concentrado en las entrañas de la tierra; el Océano, ya se halle en calma y con su superficie tersa como un cristal, ya se encuentre surcado por furiosas olas en los momentos de agitación; y las montañas ecuatoriales, cuyas alturas coronadas de nieves eternas se lanzan en el espacio hasta más allá de las nubes. No hay en efecto emociones comparables á las que cada uno de estos cuadros inspira al espectador; y puede

---

[1] Traducción publicada en "La Democracia." Quito, martes 13 de abril de 1858, 14 de la libertad.—Año 1.—Trim. 3<sup>o</sup>—N<sup>o</sup> 182.

asegurarse que para el hombre que aún no ha podido observar los existen goces de que su imaginación no ha podido aún formarse idea. Las aguas del Océano, elevadas en olas gigantescas, amenazantes como las cataratas del Niágara, infunden en los más impertérritos marinos un recogimiento solemne. Una montaña colosal, cuya soberbia copa se pierde en las nubes, trasporta nuestro espíritu á las regiones de la inmensidad. El fuego que salta y se precipita de un cráter nos revela fuerzas invisibles y misteriosas.

Cuando una montaña excede en elevación á las proporciones ordinarias y encierra además un volcán, nos presenta un doble objeto de entusiasmo y admiración. El Pichincha, colocado al centro de la cordillera de los Andes, reúne estas condiciones remarcables, con una elevación de 15000 piés sobre el nivel del mar, encierra un foco volcánico que ha producido en diferentes épocas esas terribles erupciones que han exparcido la consternación y la muerte en la ciudad de Quito. La historia nos ha transmitido las fechas de cuatro erupciones principales después de la conquista de los españoles, las de 1539, 1577, 1587 y 1660. La última de estas erupciones fue acompañada de un estruendo tan formidable, que los animales salvajes buscaban, en su espanto, un auxilio en medio de los hombres, entrando á las casas de los poblados como unos mansos corderos. (1)

El recuerdo de los desastres causados por la acción violenta del volcán se ha transmitido de generación en generación y sirve continuamente de texto á las conversaciones del pueblo.

El interés que está ligado á esos parages testigos de un hecho adquirido para la historia, unido al laudable deseo de estudiar el estado actual del cráter, nos obligó á Mr. Brenchley y á mí á emprender la ascensión del Pichincha, verificada á mediados del último siglo y principios del actual por M. M. de la Condamine y de Humboldt. (2)

[1] Despavoridas aún las fieras de las selvas y montes se vieron en esta ocasión obligadas á buscar refugio entre los hombres, metiéndose como mansos corderos en las casas de los poblados. Velazco.—Hist. de Quito,—tom. 2. p. 63.

[2] Debemos reproducir aquí la preciosa inscripción que M. M. de La Condamine, Pedro Bouguer y Luis Godin, miembros de la Academia de Ciencias de París, han dejado en Quito para perpetuar la memoria de sus trabajos científicos en el Ecuador. Esta inscripción poco conocida está grabada en una plancha de cobre incrustada en una de las paredes del antiguo convento de los Jesuitas, convertido hoy en local de la Universidad de Quito.

#### Observationibus.

Ludovici Godin, Pet. Bouguer, Car. Mariæ de la Condamine, e regia Parisiensi Scientiarum Academia, invocata sunt, Quito;

Latitudo hujusce templi, australis Grad. 0 Min. 13. sec. 18. Longit. occid. ad observ. Reg. Paris Grad. 81. Min. 22.

El 1º de Octubre de 1856, á las dos de la tarde, salimos de Chillogallo, en donde habíamos establecido nuestro centro de exploraciones. Esta parroquia está situada á dos leguas de Quito hacia el Sur. Sólo dos hombres nos acompañaban en nuestro viaje, Juan hijo de un médico inglés establecido en el país, é Ignacio nuestro cocinero. Montábamos dos jácas indígenas que habíamos alquilado para evitar á nuestros caballos las fatigas de una expedición penosa y llena de peligros para animales de valor. El mal estado de nuestras monturas, y el modo como íbamos embosados, siguiendo la costumbre local, daba á nuestra pequeña caravana el aspecto de una verdadera mascarada. Juan, que se lisonjeaba poder conducirnos perfectamente hasta el término del viaje nos internó en una de esas quebradas tan comunes en los contornos de Quito y que se encontró por desgracia al descender á una llanura sin salida. Estábamos extraviados. Para volver al camino tuvimos que rodear una colina y trepar otra muy escarpada. Mientras saivamos esta difícil subida buscamos alguna distracción cazando tórtolas que destinamos para nuestra comida de la tarde. Llegados á la altura de la colina encontramos el camino de Lloa, aldea en cuyos contornos pensábamos pasar la noche.

Declinatio Acus Magnetæ a Borea ad Orentem, exeunte Ann 1736. Grad. 8. Min. 45 : 1742, Grad. 8. Min. 20.

Inclinatio ejusdem infra Horizontem, parti boreali; Conchæ Ann. 1739. Grad. 12. Quito 1741 Grad. 15.

Altitudines supram libellam maria, geometrice collectae, in hexapedis parisiensibus:

Spectabiliorum, nive perenni, hujus provinciae montium, quorum plerique flammæ evomuerunt,

Cotacache, 2567; Cayambur, 3028; Antisana, 3016; Cotopaxi, 2952. Tunguragua, 2623; Sangay etiam. ardent., 2678; Chimborasso, 2220; Ilinisa, 2717:

Soli quitensis, in foro majori 1462; Crucis in proximo Pichincha montis vertice conspicuae, 2042.

Acutioris, ac lapides cacuminis nive plerumque operti, 2432 ut et rives infæ permanentis in montibus niveis:

Media elevatio Mercuri in Barometro suspensi, in zona torrida eaque parum variabilis;

In ora marítima, publicum 28, linearum 0; Quito, 20. p. 0.  $\frac{1}{4}$ ; in Pichincha, ad crucem, 17 p' 7; ad nivem 16 p. 0.

Spiritus vini, qui in termometro Reaumuriano, á partibus 1000 incipiente yelu, ad 1080 partes in aqua fervente intumescit.

Dilatio: Quito á partibus 1008 ad partes 1018: juxta mare: á 1017 ad 1029: in fastigio Pichincha a 995 ad 1012.

Soni velocitas unius minutæ secundi intervallo Hexaped 165. Penduli simplicis Æquinoctialis unius minutæ secundi temporis medii, in altitudine, soli quitensis, Archetipus.

Andábamos en medio de un bosque, por el centro de una quebrada pedregosa cuyos lados estaban cubiertos de una vegetación variada y seductora. Había lindísimas orquideas, barnadesias espinosas, compuestas frutescentes, *sewertia*, helechos, durantas aromáticas etc., etc. Teníamos á nuestros piés el pintoresco valle de Lloa y delante el Pichincha á quien el sol de medio día había desnudado de su nieve matinal. El descenso no dejaba de ser rápido, aunque suavizado por numerosas vueltas. En medio de la bajada encontramos á nuestro excelente cazador de aves, Vicente, que volvía de una expedición contra los colibries y á quien comprometimos á regresar para que nos acompañe.

Hicimos una corta parada en la capilla del Cinto, edificada en el interior del bosque, por la devoción de los primeros españoles en honor de la Virgen protectora de los pastos. Los buenos habitantes de la cordillera, cuya simplicidad superticiosa confunde las imágenes con los santos á quienes representan, reputan á la Capilla del Cinto como la más milagrosa.

Terminada nuestra visita á la Capilla volvimos á tomar el camino. Después de un largo descenso tuvimos que atravesar vadeando, un riachuelo cristalino que corre por medio de los bosques ecuatoriales. Una calle sombría nos condujo desde aquí á la aldea de Lloa, en donde nos detuvimos un instante para procurarnos víveres, y tomar otro guía llamado Ventura. Luego nos internamos en una quebrada cubierta de flores, donde los mirlos, las tórtolas y los pájaros-moscas se regocijaban á la luz de los últimos rayos del día. Bien pronto los campos cultivados y los bramidos de las vacas nos anunciaron la vecindad de una granja: era la hacienda de las religiosas de la Concepción de Quito. Tocamos allí á las seis de la tarde. Una vieja casa, demantelada, sucia y sin muebles, pero que conservaba aún vestigios de su antiguo esplendor, nos ofreció un abrigo suficiente contra la humedad de la noche. Allí establecimos nuestro rancho. Se nos preparó una comida compuesta de loco y sancocho, platos nacionales de los mestizos indígenas. Mientras que nuestra jente se ocupaba en la cocina, excitaron nuestra atención unos gritos de hombres y los ladridos de los perros que se esforzaban en auventar un león vagamundo que habían visto precipitarse del lado de la hacienda, en donde acaba de arrebatar una oveja del rebaño. Pusimosnos en su persecución; más favorecido por la oscuridad y por la rapidez de su carrera al travez del bosque, se escapó fácilmente á nuestras armas, sin soltar la oveja que llevaba entre sus dientes. Los leones son raros en el valle. Jamás se les ve de día, y no es sino á favor de las tinieblas que salen del bosque para aventurarse en las haciendas en busca de alguna presa. Aunque son corpulentos y bastantes fuertes parece que

nunca atacan al hombre, y se les ahuyenta fácilmente con gritos. Los perros, cuyo instinto conoce su proximidad, huyen á su presencia, con la cola caída y sin osar perseguirlos.

Después de esta pasajera emoción quedamos algún tiempo afuera contemplando entusiasmados la cima del Pichincha que las sombras de la noche parecía acercarlo á nosotros. El valle en que habíamos acampado está á la altura poco menos de 10000 piés sobre el nivel del mar. El suelo es fértil, pero mal cultivado, y se encuentra rodeado por todas partes de altas montañas cubiertas de bosque. Indios civilizados que hablan el Quichua y comprenden algo el español, habitan esa comarca. Ellos son dulces é inofensivos y respetuosos como esclavos hacia la gente de raza blanca. Su civilización está poco más ó menos al nivel de la de los paisanos bretones, con los cuales tienen más de un punto de semejanza, sobre todo en lo que mira al abuso de las bebidas fermentadas; pero son más supersticiosos y de moral más relajada. La población de Lloa es de 1500 habitantes diseminados en todo el valle.

Largo tiempo se hizo esperar nuestra comida; pero vino al fin, y después de tomarla nos estendimos sobre los troncos desiguales de un tinglado y nos dormimos al canto monótono de las canciones quiteñas.

Al otro día, 2 de Octubre, gozábamos desde por la mañana de la hermosa vista del valle, á pesar de que algunas nubes se mostraban en el horizonte. Corría una ligera brisa, pero no aumentaba el frío de la atmósfera, cuya temperatura no bajaba, á las cinco de la mañana, de 5° I. La lentitud de nuestros criados en preparar el desayuno y recoger los caballos retardó durante dos horas nuestra partida. Fijado nuestro plan de modo que pudieramos regresar por la noche, dejamos en la hacienda nuestras camas de campo y nuestros bagajes inútiles. A las ocho toda nuestra caravana estuvo á caballo y nos pusimos á trepar alegremente el Pichincha, después de haber atravesado un campo de trigos y de haber tomado un sendero á la izquierda, para internarnos en el *monte*—palabra española que designa un bosque sobre la montaña. La vegetación es hermosa en este bosque. Allí encontramos grandes loveliáceas que admiran, un *loranthus* cuyas flores de bello rojo adornan las ramas de las compuestas arborecentes sobre las que se desarrolla este parasíto, *viscum*, melastomáceas, orquídeas epífitas, cargadas de brillantes y caprichosas corolas, tillandsias, berberos, moninas, rubos, ranúnculos, unjeo, una potentilla, musgo, líquenes, helechos, y una grande variedad de árboles.

Aunque vigorosa y diversificada no conserva esta vegetación casi nada de las formas tropicales. Es una Flora interme-

diaria en la cual las dos zonas se confunden antes de separarse. Vimos las compuestas y las rosáceas arborescentes, mezcladas con las compuestas herbáceas. Notamos la ausencia absoluta de aroideas, tan comunes en las selvas de las regiones inferiores; pero en cambio descubrimos una multitud de plantas enredaderas, aristoteleas cubiertas de parásitos, *thibaudias* y otras ericáceas cargadas de corolas brillantes como un cirio. Nuestras gentes nos hacen notar un grán árbol que llaman olivo, y que nada tiene de común con el nuestro europeo. Grandes pájaros azules cantan en el espesor del bosque. Matamos algunos pájaros—moscas con *bodoquera*. El camino es malo, cortado por agujeros profundos y constantemente embarazado por los troncos que caen de los árboles; lo que nos obliga de cuando en cuando á bajar de los caballos. No obstante todo esto, el placer de encontrar á cada paso vegetales desconocidos nos hace olvidar las fatigas del viaje.

Habiendo tocado bien pronto en el límite superior del monte penetramos en la región de los *páramos*. Con este nombre designan los españoles la zona cubierta de prados naturales, que se encuentra superior á la del bosque en la cadena de las cordilleras. En esta región encontramos sobre una alfombra de gramíneas, *Lupinus*, Castillejas, Escrofularias, una especie de Monina, diferente de la de los bosques, etc., etc. Vemos algunos cóndores que revolotean á alturas prodigiosas, y uno de ellos, que se ha colocado en observación, sobre una roca, cae bajo los golpes de nuestras balas. El Cóndor es el más grande y el más fuerte de los pájaros de América; casi siempre pasa de quince piés, la línea tirada de punta á punta de las alas, cuando se hallan extendidas; y cuando está repleto este animal se vuelve tan pesado, que para poder levantar el vuelo, necesita antes correr durante algún tiempo. La observación de este hecho ha dado origen á los particulares medios de caza empleados contra este pájaro. He aquí uno de los que se han adoptado en el país. Se conduce un buey al *páramo*, y después de muerto se le abandona á la descomposición, en un sitio poco distante de alguna roca ó de cualquier otro abrigo, tras el cual los cazadores pueden ocultar su presencia. Atraídos por el cebo de la carne se acercan los cóndores, con cautela al principio, pero después encontrando seguridad para satisfacer su glotonería, comen con tanto exceso, que cuando los caballos han sido lanzados sobre ellos, sus alas se encuentran impotentes para levantar sus pesados cuerpos. En tal conflicto huyen á la carrera; y al aproximarse los caballos, que los persiguen siempre al galope, se detienen, vuelven la cabeza y se entregan al cazador medio desplegando las alas, como un vencido que rinde sus armas. Así es como se les caza en el

Ecuador; y poco más ó menos sucede lo mismo en Chile, donde el Cóndor se ha convertido en símbolo nacional, como el águila entre nosotros.

Siguiendo con la vista á los cóndores continuamos nuestra ascensión al Pichincha cuya cima nos parecía ya muy cercana. Habíamos llegado á una altura considerable, de donde dirigiendo las miradas hacia atrás pudimos contemplar un soberbio cuadro. Las altas cimas de la cordillera de los Andes aparecieron claramente en lontananza, y nos encantaban con su magnificencia. Ahí estaban el inmenso Cotopaxi, arrojando humo constantemente, el Sinchologua, la cúpula imponente del Antisana, el Cayambe, resplandeciente de nieve en la misma línea del Ecuador (1); el Rumiñahui, célebre en la historia por sus erupciones terribles (?); más atrás, entre el Cotopaxi y el Sincholagua, se encuentra un pico nevado, que probablemente es el Quelendana: veíamos, en fin, todo el cordón de montañas que forma la rama oriental de los Andes. Los frecuentes bramidos del Cotopaxi nos causan un voluptuoso asombro; y nuestras gentes tampoco quedan insensibles á ellos, á pesar de que están acostumbrados á oírlos desde su infancia. Parece oírse el estruendo de violentas cañoneadas. Qué poderosas son las sensaciones que nos causa la naturaleza con la explosión de sus fuerzas subterráneas! El recuerdo sólo de tales emociones nos entusiasma todavía.

Después de habernos entregado un momento á la admiración de este magnífico espectáculo continuamos nuestra ascensión. Tuvimos que atravesar un torrente que murmuraba dentro de la tierra en el lecho de una quebrada estrecha y tortuosa. Una vaca, clavada en la grieta en que había caído y de donde no pudo salir, había encontrado allí la muerte. La han divisado ya los cóndores y revolotean en sus contornos en grupos más ó menos compactos. El cespéd del páramo es ya pequeño y abatido. Hacemos una colección de *Licópodos*, una *Genciana*, pequeñas *Compuestas*, *Umbelíferas*, un *Plantago*, *Crucíferas* en forma de rodetes, un pequeñísimo *Lupinus*, un *Astragalus*, un *Geráneo*, etc. Dejando las monturas al cuidado de nuestra gente escalamos una cuesta de rocas que se halla á nuestra izquierda; sobre

(1) La cima del Cayambe ofrece la particularidad de estar exactamente cortada por la línea equinoccial. Al pié de la montaña, en la parroquia de Yaruquí, situada igualmente bajo la línea, se encuentran dos pirámides elevadas por Mr. de la Condamine y sus compañeros, las que señalan el punto preciso que ha servido de base fundamental para sus operaciones geométricas. Este monumento, destruído por orden de los Reyes de España, poco tiempo después de su erección, fué restablecido cien años más tarde por los cuidados del Presidente de la República del Ecuador.

Este Presidente fué el Señor Vicente Rocafuerte; primer ecuatoriano que llegó á mandar el país al cabo de muchos años de la independencia de Colombia y de la separación del Ecuador.

ella encontramos una Lobelacea de flores rosadas, un Liláceo elegante y otros Monocotilos, un Labiatifloro de bellissimo color azul, Arabis, Helochos, un Gnafalio y otras compuestas; Escrofularias de flores amarillas, un Esfedro, un *Bacharis* de ramas aplastadas por la disposición de las hojas que se hallan sobrepuestas.

Volviendo á montar continuamos nuestra ruta al través de un llano en donde pacian bueyes y en donde recogimos algunas plantas andinas y una hermosa Genciana. Para llegar al arenal, última región ántes de la de las nieves, nos quedaba aún que salvar una pendiente rápida tapizada de algunas yerbas y de compuestas enramadas. Aquí es donde por primera vez aparece un *Lupinus* que los botánicos no han descrito todavía y que, sin contradicción, es la especie más remarcable del género por la disposición fasciculada de las flores que da al tronco el aspecto de una *Rueca*.

Llegados á la cima de la colina nos volvimos para contemplar de nuevo las montañas, cuya vista es incomparablemente más magnífica de este punto. Las partes salientes se destacan de una manera más distinta: ellas han aumentado su elevación á medida que la planicie y los valles han tomado toda su extensión. Delante de un cuadro tan grandioso se abate el alma y se anonada, como para volver al seno del de todas las cosas.

En el límite que separa *los páramos del arenal* vemos una Genciana con grandes flores y un *Sida* frondoso cargado de grandes corolas azules que le dan el aspecto de una *Pulsátilla*. Apenas hemos dado algunos pasos en el *arenal*, región distinta de las otras, por su suelo arenoso, cuando nuestras gentes se declaran fatigadas y manifiestan el deseo de tomar descanso ó al menos descargarse de una parte del bagaje. Juan y Vicente parecen más fatigados que los otros: les dejamos allí guardando los animales y continuamos nuestra ascensión á pié. Encontramos por primera vez el *Culcitium* de gruesos capítulos, bellissima planta, particular en estas regiones, y que nos recuerda, por su situación y su familia, al soberbio *Argyrophitum* de las montañas havayas. También encontramos una Orquídea muy extendida (*Altensteina*) pero cuya florescencia ha pasado, una Compuesta acaula de bellas flores amarillas, Gramíneas, Crucíferas, un *Sida*, un *Licópodo*, un *Luzula*. Desde aquí va desapareciendo la vegetación, sin duda por la naturaleza del suelo sumamente cascajoso. El terreno escarpado que trepamos para llegar á la cima de la montaña es movedizo y surcado de pequeñas grietas que deben su formación al cotidiano deshielo de las nieves. Nos enterramos hasta media pierna en la tierra, y nuestra subida se retardaba por las reculadas que damos á cada paso. La vegetación ha desapa-



recido casi enteramente; notamos, sin embargo, de cuando en cuando, algunos rastros de *Culcitium*.

A la una de la tarde llego yo sólo á la cima del Rucu-Pichincha, al punto en que se encuentra una roca redonda y aislada que se descubre desde léjos. Allí se presenta á mis ojos el inmenso cráter, en toda su extensión. Su forma es de una copa cuyos bordes irregulares se abaten al Oeste para prolongarse en una galería estrecha y profunda, dirigiéndose hacia otro cráter de que, ésta galería no está separada sino por una muralla de rocas. El cráter oriental, que es del que vamos hablando tiene más de 2,300 piés de diámetro, sobre una profundidad igual poco más ó menos. El borde es delgado, escarpado en ambas paredes, pero más particularmente en la pared interior. Una capa de nieve, en forma de pedriscos, de un espesor de cuatro pulgadas, cubre los bordes de la copa. Pasando mi vista por los contornos de este abismo y dirigiéndola hacia el fondo, distingo fácilmente en el centro un pequeño banco de azufre junto á una boca que arroja constantemente humo, aunque sin descubrir fuego. Esta especie de chimenea se halla con relación á mí, hacia el Oeste, quedando el Cotopaxi al Sudeste.

Las paredes interiores del cráter son de arena en la que se encuentran aglomeradas piedras y rocas de todas dimensiones, las cuales se desprenden incesantemente y ruedan dando saltos hasta el fondo. Estos derrumbamientos multiplicados tienden, no sólo á llenar esas vastas profundidades, sino aún disminuir la elevación de la montaña. Se concibe fácilmente que á causa de esta lluvia incesante de proyectiles el descenso es imposible, aún prescindiendo de la perpendicularidad de los escarpes arenosos en que se entierran los piés sin encontrar piso.

Algunos manojos de *Culcitium* y dos especies de gramineas crecen sobre los bordes superiores del cráter, entre la nieve. Las escorias que aparecen en la superficie son bastante densas y pesadas. A la una soplaba del Oeste una ligera brisa; y el termómetro señalaba 4, 0, á 6 piés bajo la nieve.

Mientras me ocupaba en medir la temperatura del aire y de la nieve y en otras observaciones meteorológicas, percibía un olor muy pronunciado de los vapores de ácido sulfúrico, que, impelidos por el viento llegaban hasta mí, después de atravesar una distancia de muchos millares de piés. Un bello mar de nubes blancas, con todo ese prestigio que ordinariamente acompaña la vista de este océano aéreo, estaba suspendido debajo, en dirección del Oeste. El cielo era de azul suave con algunas manchas blancas formadas por las nubes. Mis oídos estaban constantemente heridos por el estruendo de las explosiones del Cotapaxi, que formaban una música acorde con el espectáculo que tenía delan-

te de mis ojos.

Mr. Brenchley, que se había atrasado por examinar los montones de escorias, llegó á la cima algunos minutos después que yo. A la vista del humo y del azufre que se descubría en el fondo del cráter, recordando los deliciosos estudios que habíamos hecho durante algunos meses en los volcanes del Havaii, se encuentra herido, como de un vértigo, y sin prestar atención á mis observaciones, se aleja precipitadamente, con el designio de buscar algún punto que le permitiera descender. Confiado en su prudencia y acostumbrado á verle separarse de mí para entregarse á sus estudios favoritos de Geología, me inquieta poco su ausencia y continúo por mi parte mis trabajos. Avanzo hasta el punto culminante de la montaña, siguiendo la cresta del cráter, á la izquierda. Desde este punto diviso á Mr. Brenchley, que se había atrasado á una distancia de cerca de tres kilómetros, de pié sobre los bordes del abismo y siempre con la vista en el foco central: rodea luego una roca, cuya masa le oculta á mis ojos, y persuadido de que mi amigo ha renunciado á su proyecto de descenso, me entrego tranquilo á mis observaciones sobre la altura absoluta del Pichincha. Enciendo mi lámpara con alcohol y noto que el termómetro sumido en el agua hirviendo, señala 84°. Una multitud de pájaros-moscas revolotean cuidadosamente en la cima de la montaña y un poco más bajo veo cernerse algunas mariposas vulgares. Las plantas que crecen en los últimos límites de la vegetación son unos pocos Helechos, dos ó tres musgos pegados á la roca, y más bajo, en las sinuosidades, dos Gramíneas, un *Luzula*, un *Culcitium* aislado y un pequeño *Arabis* de frondosa copa.

Mi respiración es libre y fácil: no siento ningún síntoma de malestar; circunstancia que debe notarse porque confirma mis observaciones precedentes, contrarias á las de aquellos viajeros que han establecido, "que á esta altura, la disminución de la columna atmosférica causa graves turbaciones en diversos órganos."

Terminada mi serie de observaciones hipsométricas, busco á Mr. Brenchley con los ojos; pero no descubriéndolo supongo que está oculto por alguna roca; y más y más convencido de que abandonado su audaz proyecto, me resuelvo volver á nuestro campamento, por la misma dirección que había seguido al subir. De los dos hombres que me acompañaron, el uno había renunciado llegar á la cima, á causa de la fatiga, y el otro se había dormido al abrigo de una roca. El descenso, menos fatigoso que la ascensión para las rodillas, lo era más para los piés, en una pendiente rápida sembrada de guijarros movedizos. Llegado al campamento encuentro al resto de nuestra gente agrupada tras

las monturas, temblando de frío, mientras que los caballos pacían las pocas gabillas de césped que se encuentran allí.

Esperando el regreso de Mr. Brenchley á quien creo ver de un momento á otro, herborizo en el arenal. El *Culcitium* de gruesos capullos me parece que es la planta fanerógama que alcanza á la mayor altura absoluta. Más abajo se presentan otras especies del mismo género aunque más pequeñas y menos lanujinosas. La *Altostenia* es excesivamente común en la parte inferior del arenal antes de tocar al páramo, pero sus espigas gruesas y endurecidas se encuentran ya en estado de no dejarme ver sus flores.

Vuelto un instante al campamento para tomar mi parte de carne secada al sol, me alejo de nuevo, y empleo el resto del día en recoger plantas sobre las alturas opuestas al Pichincha mozo. El bello mar de nubes blancas que se extiende siempre á mis piés y me oculta el océano Pacífico distrae mi espíritu de las inquietudes que la ausencia prolongada de Mr. Brenchley, comienza hacerme sentir. Chaparrales de Chuquiragua agrupados y distribuidos en acantonamientos atraen los pájaros-moscas que chupan sus flores agitando rápidamente sus graciosas alas. El *Altramus* en forma de rueca es bastante común. En una grieta, donde la nieve conserva la humedad, veo una bonita *Compuesta* pequeña, de flores blancas, cuyas frondosas ramas forman una especie de cojines.

Regresando de nuevo al campamento con el deseo de adquirir noticias de Mr. Brenchley, encuentro á Ventura, que cansado de esperar sobre la cresta del cráter, ha vuelto triste después de haber visto á mi amigo, lanzado á pesar de sus advertencias, en el precipicio, desaparecer bajo una granizada de piedras. Un estremecimiento se apodera de mí. Toda la gente se entrega al desaliento y asegura que caído una vez en el abismo es imposible subir. Mi inquietud se modera un tanto sin embargo por la confianza que tengo en la fuerza y en la destreza de Mr. Brenchley; pero su ausencia no deja de tenerme agitado. Mis piés están muy lastimados é incapaces de soportar una segunda ascensión sobre las piedras puntiagudas: envío á Vicente, Ventura é Ignacio con orden de que suban hasta el borde del cráter, que den gritos y arrojen al fondo del abismo un poco de carne seca y una botella de ginebra, en caso de que no hubiese salido mi amigo. Mientras tanto me apresuro á recoger estiércol de vaca y ramas de Chuquiragua para hacer fuego. Mis exploradores regresaron por la noche y refieren que han visto las huellas de Mr. Brenchley sobre la arena del fondo del cráter, que no han descubierto otra cosa y que mi amigo no ha contestado á sus gritos. Estas huellas en el fondo del cráter prueban que mi pobre compañero ha

llegado vivo hasta allí y me dejan alguna esperanza; pero siempre conservo mis temores sobre la posibilidad de salir de este vasto sepulcro. Tal vez tratando de subir, ha sido herido por alguna de esas piedras que descienden de la altura!! A media noche mis inquietudes se vuelven mortales y desaparece el sentimiento de cólera que excitaba en mí, la imprudencia de mi amigo: veo su desolante situación en todo su horror, le compadezco con toda la fuerza de mi afecto y pienso en mil y mil medios estravagantes de salvación. Para indicarle el sitio del campamento, en caso de que hubiese podido evadirse de ese infierno, conservo el fuego cuanto es posible: mis gentes tiritando de frío y rendidas de fatiga, se ponen á dormir al rededor de la fogata, amontonadas las unas sobre las otras y tan cerca de la débil hoguera, que Ignacio quema su sombrero, Juan sus alpargatas y los demás sus ponchos. Hace mucho frío y no tenemos nada con que cubrirnos, nada que comer más que algunos bizcochos, nada que beber más que un poco de ginebra, y esto es preciso guardarlo religiosamente para mi amigo, que si vuelve tendrá más necesidad que nosotros.

Toda la noche, á fin de no dejar morir el fuego. Toda especie de pensamientos me agita: me reprocho aún el fumar mi tabaco, esta panacea del viajero, pensando que mi amigo no tiene con que cargar su pipa. El cielo está muy claro por todas partes y sin embargo en el horizonte, hacia el Noroeste, relámpagos lejanos lanzan frecuentemente sus luces. Ni los truenos del Cotopaxi, ni las estrellas volantes, ni el frío que me hiela la espalda mientras que los pies arden junto al fuego, pueden arrancar mi espíritu á tantas inquietudes. Habré perdido para siempre, en tierras lejanas, á mi amigo, á mi compañero de infortunio y felicidad? No debía haberme arrojado á sus pies para suplicarle que no se empeñe en una empresa tan temeraria? Pero él, no ha querido oirme! No estará en este momento caído al pié de alguna roca, con algún miembro destrozado y sin esperanza de socorro? Noche terrible! durante ella las angustias del alma se unieron para mí, á los dolores del cuerpo.

A las cinco de la mañana el termómetro había subido á 5° 2 á pesar de que la nieve cubría por todas partes el suelo de nuestro campamento. El tiempo era magnífico; sin embargo las inquietudes de la noche me habían fatigado horriblemente: estaba mal, tenía la cabeza pesada y vacilante como la de un hombre embriagado. A pesar de algunos rayos de esperanza que tenía en la buena estrella de Brenchley y en la mía, su prolongada ausencia me dejaba á merced de mil fantasmas horribles. Sacudiendo el abatimiento en que había caído me apresuro á fijar un plan, recurriendo á todos los medios humanos, para salvar á mi amigo,

si aún fuere posible salvarle. Dar la vuelta al cráter para procurar descubrirle y enviar alguno á Quito en busca de socorro, tal fué la resolución que tomé ultimamente. Pero habiéndome hecho comprender mis compañeros que un llamamiento á las gentes de Quito quedaría sin efecto, porque no se daría crédito á su palabra, resolví encargarme yo de esta parte de mi plan. Después de haber mandado á Juan y á Ventura, con lo que nos quedaba de ginebra y de bizcochos que recorrieran todos los contornos del cráter; después de haber prevenido á Ignacio que cuidara nuestro campamento y conservara el fuego, partí para Lloa á las cinco y cuarto, acompañado de Vicente. Para no pasar tiempo mientras se busca á los caballos, que se habían alejado hasta perderse de vista, caminamos á pié. Como había apresurado mi marcha al principio por una pendiente, sentí bien pronto una fatiga desesperante. El hielo se presentaba por todas partes en el páramo y lo encontramos con especialidad en los bordes de los arroyos. Los dorados rayos de un sol de Levante arrojaban un resplandor mágico sobre los nevados colosales de los Andes. Los brillantes colores de fuego, de púrpura, azul y de plata que se confundían admirablemente sobre un horizonte inmenso cambiaban á cada instante de matiz y modificaban sin cesar el cuadro arrebatador é imponente que la naturaleza ofrecía á mi vista. El cono majestuoso del Cotopaxi, reluciente de nieve, lanzaba por intervalos torbellinos espantosos de ceniza y de humo negro que se elevaba á las alturas prodigiosas formando grupos fantásticos y variables. En las inmediaciones del camino aparecían perdices que cloqueaban en el espesor de la yerba: un gran zorro de largo pelo se dejaba sorprender por nuestra llegada y huía sobre los grandes árboles: mil y mil pajaritos gorjeaban en las ramas; todos estos encantos que la naturaleza parecía prodigarme con designio, lejos de calmar mis angustias me las hacían sentir más amargamente. Ah! pensaba yo, mi pobre compañero no debe dividirse conmigo ya la felicidad que hemos saboreado tantas veces contemplando las obras de Dios! La fatiga me abrumba entre tanto, sentía trabajo en sostenerme, un instante de reposo me volvía, sino la fuerza, al menos el valor. Algunas plantas que se me habían escapado al subir hieren mi vista: una especie de enredadera, cuyas ramas están cargadas de bayas redondas y de un color rojo encendido tapizan los escarpes que encajonan un arroyo: una grande Compuesta de flores blancas se eleva á más de treinta piés, sostenida por las ramas de los árboles: bellas Fucsias leñosas ostentando largas corolas de escarlata y rosa, aparecen de cuando en cuando en medio del bosque.

A las ocho menos cuarto llegamos á la hacienda de la Concepción. Las cosas no marchan allí tan pronto como yo lo había

esperado : es preciso insistir vivamente para resolver á algunos hombres á subir á las alturas heladas del volcán, y al fin consigo enganchar cinco que parten, á las once bajo el mando de Vicente llevando víveres y cuerdas. Se les dió orden de dividirse en dos partidas y rodear lo más pronto posible el cráter, dando gritos y dirigiendo la vista por todos los puntos : éstas partidas debían dividirse los víveres, á fin de socorrer á mi amigo en cuanto fuere encontrado por alguna de ellas ; y en caso necesario debían arrojarle las provisiones al abismo, si por desgracia aún no había podido salir.

Después de puesta en marcha esta primera expedición continuó mi camino á Chillogallo con el objeto de enganchar más gente. Alquilo un caballo para dar descanso á mis doloridos piés que ya no podían ser protegidos por mis zapatos despedazados ; pero impaciente con su lentitud tengo que abandonarlo al acaso.

Llegado á nuestra habitación de Chillogallo, á las dos de la tarde, mando inmediatamente un despacho á Quito al Dr. Jamesón, al Sr. Cueva y á un francés, nuestro amigo Mr. René. En cuanto se esparce en la población la noticia de la pérdida de Mr. Brenchley, los habitantes se agrupan de derredor mío para deplorar mi desgracia : muchos vierten lágrimas exclamando ; Pobre Señor Julio tan caritativo ! Pobre Mr. Brenchley ! muy caritativo era en efecto. Muchos se ofrecen á ir en busca de él al otro día por la mañana, y dos de ellos, Evaristo y Benancio parten inmediatamente. Toda la parroquia se pone en movimiento, se transmite la noticia de boca en boca y no se oye más que un concierto general de sollozos y lamentos.

Esta adhesión que mi amigo había sabido inspirar en tan poco tiempo á este buen pueblo, alienta mi corazón en cierto modo y me restituye el valor. El Dr. Ramón Acosta, Cura de la parroquia, toma parte en el duelo de sus feligreses y procura alentar mi esperanza ofreciéndome que rogará por Mr. Brenchley en la noche y al otro día en la misa, y asegurándome que está pronto á bajar al cráter para llevar á mi amigo los últimos consuelos de la fé. Oh ! Religión poderosa la que sabe inspirar una adhesión tan sublime y desinteresada.

Esta simpatía de un pueblo extranjero me toca el alma con tal fuerza, que me pongo á llorar á lágrima viva. Mr. René llega al caer el día ; sabe apreciar el bello carácter de Brenchley y no puede contener sus sollozos. El Sr. Cueva que conoce mejor que ninguno el Pichincha y sus alrededores, llega un poco más tarde, y el Dr. Jamesón me hace anunciar que partirá á la primera señal para traernos los socorros del arte. Estamos ya prontos, pero es preciso moderar nuestra impaciencia y esperar el día á causa de las numerosas grietas del camino, que la oscuridad de la no-

che no nos permitirá evitar. El llanto alivia y da con la resignación un nuevo valor. Todo el mundo jura salvar á mi pobre amigo, si aún es tiempo. Ojalá haya sido perdonado por las piedras que se precipitan desde lo alto! Yo temería menos entonces, porque su fuerza hercúlea y su energía lo harán arrostrar algunos días de ayuno y de fatiga. No son sino cuarenta y ocho horas á que él no ha comido; y yo le he visto soportar el hambre y la sed durante cuatro días enteros.

Estas consideraciones que nos ciegan ciertamente, tienen la virtud de un bálsamo bienhechor. Nuestro plan está fijado. Mientras vamos nosotros á explorar el abismo, á donde el Sr. Cueva ofrece hacernos descender por medio de cuerdas, mandaremos veinte hombres con víveres, para que recorran todo el páramo y el bosque en busca de Mr. Brenchley, por si hubiere llegado á extraviarse, habiendo salido del cráter. Nuestras medidas están tomadas de modo que debemos encontrarle antes de treinta y seis horas, á menos que dirigiéndose por alguna quebrada que pudo haber encontrado no se haya internado á Esmeraldas; pero aún en esta suposición podría llegar antes de cuatro días á un lugar habitado.

El 4 de Octubre, á las tres de la mañana, concluimos nuestros preparativos, sin haber dormido un sólo instante en toda la noche. Nuestra cabalgata se pone en marcha á las cinco; en ella van, entre otros muchos, M. M. Cueva, René y Estrella. Montados en excelentes caballos que debemos cambiar en Lloa, escalamos al galope la primera cuesta. Agitadas á poco las bestias, por una rápida carrera, dejan voltear las sillas y algunos jinetes se encuentran desazonados; pero se repara pronto este pequeño accidente y continuamos nuestro viaje. Bendecimos al cielo porque nos proporciona un magnífico tiempo y presagiamos bien de este precioso favor.

Llegamos á la cima de las colinas que separan el valle de Lloa del de Chillogallo, encontramos un indio que nos da una noticia que nos hiela la sangre. La gente que había mandado yo la víspera al Pichincha ha vuelto por la noche sin haber encontrado la menor huella de Mr. Brenchley. Esta horrible nueva me hace deshacer en lágrimas, y durante mucho tiempo quedo incapaz de proferir una sólo palabra. Pero más abajo, otro indio nos anuncia que Mr. Brenchley ha entrado por la noche en la hacienda de la Concepción. Vacilaba aún entre el temor y la esperanza, cuando un tercer indio llega á confirmar la feliz nueva. Entonces son lágrimas de alegría, las que derramo como un niño, sin pensar si esto puede reprocharse á un hombre como una debilidad. Nos lanzamos desde aquí á rienda suelta; los hurras de la población de Lloa resuenan á nuestro paso por todas partes. Encon-

tramos á Ventura, y como si me creyera el juguete de un sueño me detengo temblando para preguntarle en dónde está mi amigo. En la hacienda, me contesta, y sin querer oír más vuelvo á correr al galope adelantándome á todos mis compañeros. A mi entrada en el corredor de la hacienda encuentro á Juan, quien con aire de triunfo, me anuncia que él ha tenido la felicidad de ofrecer á mi amigo el primer trago de ginebra. Son las seis y media: Mr. Brenchley, abrumado de fatiga, está tendido sobre una piel de búfalo, pero no duerme: yo caigo en sus brazos y quedamos por algún tiempo sin poder cambiar una palabra. Con que felicidad vuelvo á verlo sano y salvo! Los reproches que me había preparado á dirigirle sobre su imprudencia se desvanecen con el torrente de mi alegría: sus ojos están humedecidos y aunque se esfuerza en reírse, comprendo fácilmente que ha tenido que sentir, sino desesperación, al menos terribles inquietudes. Pasados los primeros transportes me refiere sus trabajos y sus angustias. He aquí en pocas palabras lo que sucedió.

Había seguido los bordes del cráter hasta la distancia de cerca de una milla, ántes de encontrar algún sitio accesible al descenso. Fascinado por el foco de vapores que le atraía de una manera irresistible, no había notado los desplomes de los bordes, sino cuando se encontró ya precipitado en la pendiente, y una vez lanzado en ella era imposible detenerse; resvaló con espantosa rapidez en medio de un diluvio de rocas por las cuales pensó veinte veces ser despedazado. Con todo, había llegado sin accidente al fondo del abismo de donde contempló con horror el camino que acababa de recorrer tan milagrosamente. Olvidando sus peligros se había puesto bien pronto á examinar alegremente el banco de azufre y la chimenea que se percibía desde la altura, y había descubierto que no existía fuego ni lavas de formación reciente.

Comprendiendo bien que le era imposible subir por el lugar que había servido á su descenso, había empleado muchas horas en buscar otra salida. Muriendo de sed y debilidad encontró un pequeño alivio aplicando musgos húmedos á la boca. Como le repugnaba pasar la noche dentro del cráter se había empeñado en subir por el punto que le pareció menos peligroso, en dirección diametralmente opuesta al de su descenso. Verificó su ascensión agarrándose á los ángulos de las rocas, lo que había fatigado sus brazos de modo que muchas veces pensó caer en el abismo; tanto se habían aflojado sus músculos, que eran impotentes ya para soportar el peso de su cuerpo.

(Continuará).